



La lluvia caía suavemente llevando su húmedo mensaje a los aleros de las antiguas casonas...

# LOS DOS ARRABALES

Aguirre de Echeveste

La figura del pueblo es ovalada, con siete calles enlosadas de piedra arenisca y una plaza en el centro donde se reúnen todas.

Hay extramuros dos arrabales, el uno denominado de la Magdalena por una ermita de ésta santa que en él existe, y el otro llamado de santa Clara por la ermita que le da nombre.

Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico

Pascual Madoz

## ARRABAL DE SANTA CLARA

*Eran las siete y media.  
Las siete y media de una brillante  
y soleada mañana agosteña.*

*El sol reverberaba en el blanco muro  
de piedras encaladas que ocupaba  
una gran parte de la calle.*

*Vista desde la antigua casa solar de los Amasas  
la calle de Santa Clara parecía ser  
la callecita de un pequeño  
pueblo campesino.*

*En el silencio mañanero sólo se escuchaba  
el rítmico sonido de los telares  
de la «fábrica grande» en su continuo tejer  
y tejer y tejer...*

*Había un campo a la derecha  
sembrado de maíz  
con altas plantas de un intenso  
color verde que brillaban  
a la luz del sol de agosto.*

*El aire tenía aromas de hierba  
tierna y recién segada.  
También olía al humo  
que ya comenzaba a salir  
de la pequeña herrería de la esquina.*

*La pared de piedras blanqueadas  
estaba flanqueada por una acera  
de brillante cemento de color blanco pajizo.*

*El muro terminaba en el estrecho  
y misterioso callejón de «Shamakorreka»,  
sombrio, oscuro, umbrío,  
fresco en verano,  
frío y húmedo en invierno.*

*Pasada la curva esquina de la herrería  
toda plena de olores animales  
mezclados con el aroma del pan  
cocido en la panadería de enfrente,  
había un solar lleno de viejos maderos,  
de piedras blancuzcas  
todas cubiertas por matorrales  
polvorientos y sucios.*

*Aquello era todo lo que quedaba  
de la rústica y campestre ermita,  
que las aguas desbordadas del cercano río  
derribaron, destrozaron y arrastraron,  
dejando sólo aquellas ruinas  
como muestra de lo que allí hubo.*

#### ARRABAL DE LA MAGDALENA

*Sería cercana la medianoche  
de un lejano Noviembre.  
Llovía.  
El túnel de Mikela-zulo era una mancha  
oscura en la noche lluviosa.*

*La lluvia pulverulenta caía suavemente  
llevando su húmedo mensaje  
a los negros rincones de los aleros  
de las antiguas casonas de la calle Magdalena.*



...la calle Santa Clara parecía ser la callecita de un pequeño pueblo campesino.



Pasada la curva esquina de la herrería toda plena de olores animales.

*Todo era silencio.  
Sólo se oía el rumor del agua  
que goteaba en el cinc de los canalones.  
Ni el ruido de un coche,  
ni el de un carro, ni viento.  
Ningún sonido. Sólo la lluvia.  
Sólo el gorgoteo del agua.*

*De vez en cuando resonaba el golpetazo  
de la puerta de un bar al cerrarse.*

*Pasó un hombre montado en una vieja bicicleta.  
Iba cubierto con un negro impermeable  
que brillaba mojado por la lluvia.  
Llevaba encendido el farol de su bicicleta  
y a su luz, el agua pulverizada de la lluvia  
brillaba con reflejos plateados.*

*La fachada de la casa de Xenpelar,  
se veía negra, oscura, con sus muros  
empapados por el agua de la lluvia  
persistente, continuada, que no cesaba de caer.*

*Al final de la calle se veía,  
a través del arco del puente del «Topo»  
el oscuro y difuso perfil de la ermita.  
¡Vieja ermita renteriana  
solitaria en la lluviosa noche invernal!.*

*Sus muros de piedra arenisca,  
ennegrecidos por los años,*



No hay adoquines en la calle Magdalena que brillan mojados...

*por la humedad y a la luz mortecina que  
intentaba iluminar la calle,  
producían sensación de soledad y de abandono.*

*¿Estaría abandonada la ermita  
en aquellos tiempos?  
¿Quién puede saberlo?*

Han pasado muchos años desde aquella clara y soleada mañana de agosto. Queda también muy lejana en el recuerdo la noche lluviosa e invernal de noviembre.

Ya queda muy poco, si es que queda algo, de la paz y el silencio de las mañanas de verano.

Las noches invernales tampoco son iguales. Hay ruidos de coches, estruendo de motocicletas.

Desapareció el blancor del muro de piedras encaladas. No se perciben aromas de hierba tierna recién segada. También desapareció el callejón de «Shamakorreka». Ya no servía para nada.

No se oye el ruido de los telares de la «Fábrica Grande» en su permanente tejer. Es que la fábrica está vacía. Ahora no es fábrica, no es nada.

No hay adoquines en la calle Magdalena que brillan mojados a la mortecina luz que en aquel tiempo intentaba alumbrar la calle.

La fachada de la casa de Xenpelar sigue igual de oscura con sus dos placas blancas en recuerdo del bertsolaría genial.

La ermita. Sus gruesos muros siguen resistiendo impávidos el paso de los años y el paso de las gentes que parecen ignorarla.

Sin embargo... hasta la lluvia, el gorgoteo del agua en los canalones de cinc parece que es diferente.

Todo ha cambiado en las dos calles —antes, «arrabales extramuros del pueblo de figurá ovalada con siete calles enlosadas de piedra arenisca»—, o parece que ha cambiado.

¿Será cierto que ha cambiado? ¿Acaso no será que quien cambió fue el que antes sentía otras sensaciones en las mañanas de verano y en las noches invernales en estas dos calles renterianas?

Lo cierto es que también ahora poseen un aura indefinible, muy difícil de explicar con razonamientos. Acaso sea que todo cambia y todo sigue igual.

Como debe de ser.